

## EL OTRO PACTO DEL CONDE DE EGMONT

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Bajo este título ha aparecido en la revista belga *Special* (núm. 687, de 31 de mayo de 1978) un artículo de Jo Gérard que, a la vez que una desmitificación del conde de Egmont, es un reconocimiento de la labor de España en aquella parte del Imperio que, gracias a nuestros mayores, sigue siendo católica en el siglo XX.

Quien llegue a la Grand-Place de Bruselas encontrará la placa conmemorativa de la ejecución de Egmont y de Hornes por la "tiranía" de Felipe II. Como dice Gérard, a quien seguiremos en estas líneas que recogen sustancial y casi literalmente su artículo, los historiadores románticos, siempre a la búsqueda de mártires de la libertad, hicieron de los dos condes unos heroicos defensores de la libertad belga y de su democracia frente a la opresión española personificada en el segundo de nuestros Felipes, hijo de aquel emperador que había nacido en la misma tierra que Hornes y Egmont. Y esa gran mentira sigue hoy reproduciéndose en artículos y manuales.

¿Quién era Egmont? Para Gérard, un gran señor feudal y un guerrero que obtuvo en 1557 brillantes victorias sobre los franceses en San Quintín y Gravelinas.

Como muchos señores de su generación, siguió de cerca los acontecimientos de Alemania, donde, desde 1551, Carlos V tuvo que reconocer oficialmente y tolerar la existencia del protestantismo después de haberlo combatido tenazmente. Pero, más allá del Rin, una de las más inmediatas consecuencias de la doctrina de Lutero y de su triunfo fue una expoliación, la de la Iglesia católica, a la que le fueron arrebatados sus bienes: grandes fincas, montes de abundante caza, tierras excelentes, que redondearon la fortuna de

los señores feudales incorporados a la Reforma con tanto mayor ardor, ya que no por convicción, por cuanto ella iba a proporcionarles la prosperidad.

El ejemplo es contagioso. Fascina a los seres rapaces como los Hornes, los Egmont, Guillermo el Taciturno...

¿Cómo actuarán?

Empiezan por exigir a Felipe II la marcha de Bélgica de las guarniciones españolas.

Lo consiguen.

Después dirigen por todas partes una campaña —¡y qué campaña de calumnias!— contra el cardenal Granvela, el mejor consejero de la gobernadora Margarita de Parma, aquella hermosa mujer que Carlos V había tenido con la hija de un tapicero de Audenaerde.

Y consiguen la dimisión de Granvela. Ya no les falta más que organizar un complot con Isabel de Inglaterra y los calvinistas franceses para repartirse con ellos el territorio belga, a cambio de muy lucrativos puestos.

En el país, esperando su tan fructífero despedazamiento, los feudales se han apoderado de la administración de las provincias. Formando parte del Consejo Privado, ponen al país ante un hecho consumado. Un contemporáneo anota amargamente: "Los abusos proliferan, se venden los oficios y los cargos. El saqueo es general, entregándose todo al mejor postor".

Se entra en contacto con los calvinistas franceses, se predicen próximos motines, contándose con el apoyo de Isabel de Inglaterra. Pero esa sublevación que se prepara, girará contra los excesos político-financieros, los abusos, las rapiñas de Orange, de Egmont y sus amigos o contra la autoridad de Felipe II?

De modo raro, el soberano de Madrid deja hacer, sin inmiscuirse en el gobierno. Sufre el engaño del doble juego de aquellos aristócratas, a los que cree fieles a su persona y a su política. Mientras tanto, los adictos a Egmont y a Orange centralizan todos los poderes en sus manos y manejan, como dueños indiscutibles, el Consejo Privado, ese engranaje esencial de la Administración.

"Todo se decide bajo la presión de los grandes señores y de

sus criaturas", se lee en un escrito de un funcionario belga de la época.

Dos clérigos pasados al protestantismo y de turbulenta vida privada, Herman Modedt y Dathenus, propagan ardientemente la causa de la Reforma. Todo comienza en la misma semana de junio de 1566, en Borgerhout y en Gentbrugge, y del mismo modo. Los predicadores reformados atacan, en términos incendiarios, el culto a los santos, los cuadros religiosos, al Papa, a los sacerdotes, los sacramentos...

Concluidas sus soflamas, bajaban de la mesa o del tonel que les había servido de pulpito y distribuían entre la gente catecismos protestantes, panfletos y caricaturas. El incendio se extiende. Los regidores de Gante, sumamente inquietos, piden ayuda, el 1 y 2 de julio, a la autoridad superior, el conde de Egmont, y no obtienen respuesta.

La gobernadora, Margarita de Parma, preocupada por la suerte que pudiera correr Amberes, comete el monumental error —y son palabras textuales de Gérard—, de nombrar a Guillermo de Orange gobernador de aquella provincia. Apenas llegado allí, aumentan los desórdenes. Los reformados se manifiestan con una media luna en sus sombreros y esta leyenda: "Antes turco que papista".

Flandes es sacudido por los motines. Otro monje apóstata, Antonio Algoet, dirige las turbas, que saquean los conventos de Iprés, incendian la magnífica biblioteca episcopal, destrozan los maravillosos manuscritos de numerosas abadías belgas: Dunes, Tronchiennes, San Pedro. Incendian las iglesias en Menin, Wervicq y Comines. Se aproximan a Brujas, donde doscientos burgueses armados consiguen rechazarles a arcabuzazos. ¿Qué hace entretanto Egmont, gobernador de Flandes, ante la furia desatada de estos iconoclastas que habían aterrorizado al país? Hasta el 10 de agosto no se decide a presentarse en Gante. Cuando le suplican que reprima los tumultos, que actúe, se limita a contestar: "Escribid todo eso a la gobernadora. Yo tengo que salir urgentemente hacia el Oeste..."

Cuando los maleantes amenazaban saquear Iprés, el conde, que se encontraba allí, se retira a su castillo de Zottegem, sin hacer nada por detenerles. Nobles franceses que se decían enviados por el cal-

vinista almirante Coligny, con quien Egmont se había entrevistado secretamente, eran recibidos al grito de "Vivan los *Gueux*" (mendigos), que era el nombre que se daban los revolucionarios. Los magistrados de Iprés consultan a Egmont sobre lo que había que hacer en tan apurados momentos, y el gobernador de Flandes les recomienda tratar con los sublevados. Estamos, pues, ante una traición clarísima del conde a su rey legítimo, a la magnánima política que trataba de llevar en aquellos estados y a la religión católica, que era prácticamente lo único intocable para Felipe II.

El 18 de agosto de 1566, Margarita de Parma escribe al rey que el conde de Egmont "muestra poco celo y rehúsa recurrir a la fuerza para disolver a los sediciosos".

Poco después, en un nuevo escrito, le informa que Egmont, al que había recordado su juramento de luchar por Dios y por el rey, había respondido que los tiempos habían cambiado. Acusa también al conde de Hornes de su hostilidad hacia los sacerdotes y al príncipe de Orange, de querer repartirse con sus amigos los Países Bajos. "Por sus palabras y con sus hechos, añade, se han declarado contra Dios y contra el rey".

Mientras tanto, los motines, los saqueos, las atrocidades, se multiplican en Audenaerde, en Eeklo, en Malinas, en Hasselt.

Margarita de Parma, en un discurso memorable y severo, recuerda a los señores feudales, los Egmont, los Hornes y otros varios, sus deberes. Sintiendo desbordados por las tempestades que ellos mismos habían provocado, reaccionan ahora contra los sediciosos y, cambiando de chaqueta una vez más, reprimen, al fin, los excesos de los revolucionarios reformistas.

Pero era ya demasiado tarde. La paciencia de Felipe II se había agotado y no tuvo ya en cuenta la nueva actitud. El duque de Alba entró en Bélgica con diez mil soldados y comenzó una dramática "caza de brujas", en la que los protestantes, incluso sus simpatizantes más pacíficos, fueron las víctimas. En cuanto a Egmont y a Hornes, el verdugo les cortó la cabeza, esa cabeza que ya habían perdido mucho antes de que rodaran, en junio de 1568, sobre la Grand-Place de Bruselas.

La muerte de los dos nobles no mereció la atención de los pin-

celes de Brueghel. Y si el artista, como tantos otros bruseleses, asistió a la ejecución, el acto no le inspiró ningún bosquejo comparable al tremendo dibujo de María Antonieta en el cadalso que trazó David.

A no ser que, si llegó a perfilar algunos rasgos, evocando la escena, decidiese más adelante hacer trizas el papel. Hipótesis... Un hecho, sin embargo, permanece: nunca el artista había apreciado mucho los apetitos de las grandes fieras que eran, por aquel entonces, los señores belgas.

¿Hasta qué punto lamentaría su dramático final?

Aquí termina el artículo de Jo Gérard, que hemos reproducido casi en su integridad. No descubre nada nuevo, pero escrito en Bélgica tiene un gran valor. La leyenda, que se cebó con nuestro gran rey, exclusivamente por su entrega a la causa de la Iglesia, mitificó a sus adversarios, haciendo héroes a los traidores. Los verdaderos intereses de Bélgica no estaban con Egmont y con Hornes. A su ejecución, llorada por los falsarios de la historia, debe el ser una nación independiente. El catolicismo que España aseguró en aquella tierra mantuvo una conciencia que impidió el que fuera absorbida por sus vecinos protestantes o por la Francia de la Revolución. Tal vez, algún día, Bélgica quiera reparar la injusticia histórica cometida con su rey, Felipe II, y la placa de la Gran Plaza de Bruselas sea cambiada por otra más acorde con la historia. El artículo de Jo Gérard es un paso en ese sentido y un motivo de satisfacción para España.